

EL DESAMPARO Y LA POBREZA Declaración

En un mundo devastado por el pecado, se multiplican los amargos frutos de la codicia, la guerra y la ignorancia. Aun en las así llamadas "sociedades opulentas" los desamparados y los pobres constituyen poblaciones crecientes. Más de 10.000 personas mueren de hambre cada día. Dos mil millones de personas más están mal nutridas, y miles más se convierten en ciegos cada año por causa de deficiencias en la dieta. Aproximadamente dos tercios de la población del mundo está atrapada en un ciclo de hambre, enfermedad y muerte.

Hay quienes son culpables por su propia condición, pero la mayoría de estas personas y sus familias se encuentran desamparadas por eventos políticos, económicos, culturales y sociales, que en su mayor parte están fuera de su control.

Históricamente, los que están en tales circunstancias han encontrado socorro y auxilio en el corazón de los seguidores de Cristo. La Iglesia Adventista organizó instituciones compasivas que más tarde fueron asumidas por agencias del gobierno, o viceversa. Estas agencias, aparte de cualquier trivialidad ideológica, reflejan el reconocimiento de la sociedad de que es en bien de sus propios intereses tratar en forma compasiva a los menos afortunados.

Los especialistas en ciencias sociales nos dicen que una cantidad de males encuentra terreno fértil en la pobreza. Sentimientos de desesperanza, de alienación, de envidia y de resentimiento, a menudo conducen a actitudes y conductas antisociales. Luego la sociedad tiene que pagar los efectos posteriores de tales males por medio de tribunales, prisiones y sistemas de asistencia social. La pobreza y el infortunio, como tales, no son la causa de los crímenes y no proporcionan excusas por ellos. Pero cuando se deniegan las demandas de compasión, es muy posible que sigan el desánimo y aun el resentimiento.

La demanda de compasión cristiana está bien fundada. No surge de ninguna teoría de contratos sociales o legales, sino de la clara enseñanza de la Escritura: "Oh hombre, el te ha declarado lo que es bueno, y que pide Jehová de ti: sola mente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios" (Miq. 6:8).

El capítulo 58 de Isaías es precioso para los adventistas. Vemos en este capítulo nuestra responsabilidad como quien debe ser "reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar" (vers. 12).

Se llama a restaurar y "desatar las ligaduras de impiedad", a partir "tu pan con el hambriento... a los pobres errantes albergues en casa... cuando veas al desnudo, lo cubras" (vers. 6, 7). Así, como reparadores de brechas, debemos restaurar y cuidar de los pobres. Al cumplir los principios de la ley de Dios en actos de misericordia y amor, representaremos el carácter de Dios ante el mundo.

Al cumplir hoy el ministerio de Cristo, debemos hacer lo que él hizo, y no solo predicar el evangelio a los pobres, sino también sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos y levantar a los caídos (ver Luc. 4:18, 19; Mat. 14:14). Pero el versículo 16 de Mateo 14 explica que era así para que no tengan "necesidad de irse". El propio ejemplo de Cristo es decisivo para sus seguidores.

La respuesta que dio Jesús a la fingida preocupación de Judas por los pobres: "Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis" (Mat. 26:11), nos recuerda que lo que la gente necesita más desesperadamente es el "Pan de vida". Sin embargo, también reconocemos que lo físico y lo espiritual son inseparables. Al apoyar los planes públicos y de la iglesia para aliviar el sufrimiento, y por los esfuerzos compasivos personales y de conjunto, aumentaremos esa misma actividad espiritual.

